

Miguel Delibes: contemplación de un paisaje abulense

José María Muñoz Quirós

Resumen

Miguel Delibes inicia su itinerario novelístico con la publicación del libro "La sombra del ciprés es alargada", cuya primera parte está ambientada íntegramente en Ávila. El novelista crea un ambiente físico y emocional para hacer vivir a sus personajes, para encauzar sus obsesiones, para determinar los grandes temas de la amistad y la muerte. Ávila se convierte así en un gran escenario en el que sus plazas, sus calles, su muralla y la nieve en noche de luna envuelven la vida de los personajes en la primera parte de la novela. El ámbito de esta ciudad será el mejor espacio para que sucedan las cosas como sucedieron, para determinar la existencia de unos seres que anhelan ser parte de la vida, alejarse de una muerte que de forma certera les acecha, fundiéndose paisaje urbano y paisaje espiritual en un mismo personaje.

Abstract

Miguel Delibes initiates his itinerary like novelist writer with the publication of the book "The shade of the cypress is extended", whose first part is set entirely in Avila. The novelist creates a physical and emotional environment to make live through his prominent figures. Avila turns this way into a great stage into that its squares, its streets, its walls and the snow in night of moon wrap the life of the prominent figures.

Quando el escritor vallisoletano inicia su carrera literaria, en los albores de su escritura novelística, hallamos el texto "La sombra del ciprés es alargada", con la que hace ahora sesenta años consiguió el Premio Nadal en la edición del año 47. El joven escritor, nacido en el año 1920, piensa una novela que va a ser germen de otras futuras creaciones, pulsando en su continua preocupación por los temas que tanto van a obsesionarle: el tiempo, destructor de cuanto atrapa en sus manos frías. La muerte, siempre acechante y siempre presente en el transcurrir de la vida, en el río del tiempo. La necesidad de desposeerse, de desnudarse, dejar atrás todo aquello que ata y que conduce al hombre a los desfiladeros del dolor. El amor como única revelación posible, como entrega e identidad de lo humano, reflejo del inquietante mundo que preocupa a un escritor joven iniciándose en las tareas de la literatura.

Miguel Delibes viaja a Ávila, lugar elegido por el escritor para situar la acción de su novela y lo hace, según sus propias palabras, en tren, viajero atento a cuanto le rodeaba, con un bocadillo que le servía de sustento para todo el día que pasaba entre las piedras de la ciudad. Sabía muy bien el hilo conductor de la historia, lo que quería contar, dónde deseaba situar a cada uno de sus personajes. Va mirando

cada rincón de Ávila hasta hallar el exacto lugar en el que Pedro va a vivir como pupilo en la casa de Don Mateo, exactamente en la Plazuela de la Fruta, cerca del Mercado Chico, frente al Palacio de los Dávila, a muy pocos metros del Paseo del Rastro, circundando la pétreo muralla que conduce hasta la zona en la que el río Adaja, breve y solitario, atraviesa el puente del mismo nombre, para subir hasta los Cuatro Postes, lugar esencial en el desarrollo de la historia. Mucho más lejos, en la zona norte, el cementerio católico de la ciudad, también lugar de enclaves profundos, espacio en el que Delibes va a constatar parte de su pensamiento y de la acción última de la historia.

Cuando comienza la novela, en la presentación del personaje, ya se deja claro que el nacimiento en Ávila va a suponer al mismo una determinación de la cual no va a poder huir nunca: “yo nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas, y creo que el silencio y el recogimiento casi místico de esta ciudad se me metieron en el alma nada más nacer. No dudo de que, aparte otras varias circunstancias, fue el clima pausado y retraído de esta ciudad el que determinó, en gran parte, la formación de mi carácter”. En este fragmento inicial del texto, ya encontramos las claves que van a intervenir después en el paisaje espiritual de los personajes: la muralla, el silencio, el recogimiento y el clima.

Si analizamos uno a uno estos elementos, podremos observar que el lugar elegido por el novelista debe formar parte de la intimidad del personaje, es más, que el nacer en Ávila debe convertirse para Pedro y para todos los que forman parte de la historia, al menos en la primera parte de la misma, en un ambiente determinante, austero, silencioso y trascendente para que puedan llevarse a efecto las teorías que el novelista va a tratar en su novela.

Cuando en el otoño abulense, dorado y luminoso según las mismas palabras del escritor, tenso en el espíritu que el viento lleva en las hojas que van rodando por las calles que atraviesa la carreta en la que viaja Pedro, cuando el otoño enreda en las alturas de las torres de la ciudad un cielo transparente y puro, el dorado que forma parte de las alamedas y los jardines de los parques de la ciudad, en el momento en el que el personaje comienza su vivencia reflexiva del lugar en el que va a habitar en los próximos años, la piedra de la muralla va a tomar también protagonismo, el silencio que envuelve la plaza en la que vive Don Mateo será acompañante continuo y permanente de la intimidad de los muchachos (más tarde llegará Alfredo).

El carácter de Pedro va a ser el resultado, como él bien sabe, de un clima difícil, alterado por un cambio tempestuoso del mismo, frío y nevado en gran parte del invierno de los años cuarenta, tal vez fruto de la experiencia del propio Delibes en sus viajes frecuentes a la ciudad para ambientar sus ideas.

La luz que Castilla impone en las cosas, esa luz que atraviesa la mirada de los personajes de la novela, será también causa de reflexión para los habitantes de la



Fotos de José Luis Díaz

pensión-academia donde van a vivir el periodo de su adolescencia, aprendiendo a ser mayores, a soportar el rigor de la vida, a conocer la medida exacta del ser y el morir: tal vez sean estos los motivos que el autor va a intentar desarrollar en la conciencia aún virginal de sus personajes, encerrada en un paraíso difícil y oscuro como era Ávila, atravesando todas las conductas de los pupilos por un cuchillo invisible que va a dibujar en sus almas el perfil del dolor y de la ausencia.

Ávila se convierte en la transformación honda y sentida de la mirada de los muchachos adolescentes, conviviendo con la tristeza cotidiana de la familia que les alberga, contemplando la hornacina que en el Palacio de los Dávila, situado

frente a la casa donde viven, todo ello envuelto en la naturaleza ciudadana y los continuos paseos que les llevan hasta el río y sus aledaños, observando la muralla como un cinturón inexpugnable que les sirve de escenario gigantesco para sus correrías y sus locuras adolescentes.

Don Mateo y Doña Gregoria, encargados de la educación y el cuidado de Pedro y Alfredo, son el resultado en su conducta de la realidad física de la ciudad, sirviendo Ávila como un lugar que, determinando cada uno de sus matices, afronta la manera de ser, la visión de la vida, la idiosincrasia que les hace ser como son: un paisaje ciudadano frente a un paisaje psicológico, un lugar frente a un carácter, un espacio frente a una intimidad. Y esta realidad va a ser el marco referencial en el que la historia va a ir creciendo, teniendo en cuenta la concienciación que la vida enseña, en su terrible paso, a los personajes.

La ciudad de Ávila está presente en sus distintas estaciones, contemplada desde la luz y desde la visión vital que el novelista siente y que transmite a cada uno de sus personajes, iniciándose en el otoño, a la llegada del adolescente Pedro a la casa de Don Mateo, pasando por el invierno en el que las fiestas navideñas centran la descripción física de la ciudad: “el día era frío y aunque el sol se había asomado durante unas horas, no pudo con la nieve ni el hielo que forraban la ciudad. Salimos a la Plaza de la Santa por la puerta del Alcázar. La plaza estaba transformada en una gran pista de hielo...”, el frío es protagonista indiscutible del invierno, también de la vivencia que el personaje tiene de la realidad urbana que le rodea. La narración está realizada en primera persona, lo que hace posible que el narrador-personaje pueda detenerse más en la percepción de las cosas, en el ámbito de la naturaleza y en el reflejo sutil de la luz, elementos que forman parte del sentimiento urbano y a la vez metafísico, existencial, del personaje central, enfrentándose a la manera que tienen los demás personajes de mirar y de entender lo que pasa a su alrededor, mejor dicho lo que no pasa, el tiempo detenido, el invierno que siente muy duro y muy frío en los aledaños del alma, en su interior, donde: “las calles estaban cubiertas de una capa de nieve helada y la ventisca azotaba las esquinas con frenesí de látigo. En las calles abiertas se afilaban los punzones del frío hasta hacernos saltar lágrimas...”, golpeando también en su interior cada uno de los golpes de viento y de frío que forman parte de la manera de ver y de mirar las cosas. El paisaje externo y el sentimiento externo se dan la mano una vez más, entrelazando sus destinos.

Pasa el invierno que: “me encontraba acodado en la ventana mirando la plaza desierta y tiritando de frío. La casona de enfrente se me imponía con cada una de sus piedras amarillas, vigorizadas por un pulso de siglos. La hornacina rellenaba en parte su concavidad con el relieve de los cuatro guerreros, dos vencedores y dos vencidos...”, fijando su mirada de nuevo en el Palacio que se enfrenta a la casa donde vive el personaje, viendo transcurrir el tiempo en la luz que en la piedra amarillea, es gris, es melosa o en los árboles que en el parque se desnudan y mueren.

El tiempo no se detiene, avanzando hasta el verano que en Ávila forma parte de una singular percepción de la vida: días luminosos, calientes pero no sofocantes, noches de luna llena y de paisajes que las murallas dibujan en el perfil del viento: “uno de los mejores recuerdos que guardo de mi vida es el de aquel primer verano de estudiante en Ávila, alentado por la fragancia de una reciente y cordial amistad y olvidado en absoluto de los estudios que me alicortaron en los nueve meses precedentes”, vivido todo ello en la unión espiritual de Alfredo, compañero ya habitual de sus pensamientos y de sus inquietudes. Todo se torna mucho más llevadero. Todo ocupa en su espíritu un espacio mucho más limpio y transparente: “Ávila renacía bajo la cálida caricia de mayo; sus torres, apuntadas de sol, modificaban por completo el aspecto general de la ciudad...”, y también modificaba el aspecto interior de sus habitantes, la capacidad de comprensión y de sentimientos abiertos hacia el otro. El verano va llegando envuelto en piedra lúcida, pero también pleno de olores y sensaciones que los adolescentes perciben como algo esencial, como una resurrección de la vida, como un resurgimiento del espíritu.

“Las piedras amarillentas de sus vetustos edificios parecían reaccionar alegremente al contacto de la brisa templada que a oleadas descendía de la sierra...”, armonizándose de esta forma la dureza del granito, la vetustez de las casas antiguas, la brisa que movía los árboles lentamente con su calor, con su temple suave, con el viento que desde la sierra de Gredos llega hasta la ciudad envuelta en perfumes de lejanía y de campo.

Todo parece vivir un cambio que se transforma en paseos, en excursiones: “recuerdo que iniciamos la excursión descendiendo por la calle de Vallespín hacia la puerta del Oeste. Al pasar frente a la puerta principal de la Casa de los Polentinos, nuestro maestro se detuvo, apuntando a la fachada con la contera de su bastón”.

“Uno de los paseos de que conservo clara memoria fue el que dimos el día de Todos los Santos hasta Cuatro Postes...”, iniciando así un paso de ascenso en el tiempo, iniciando el otoño a través de una festividad en la que comienza el impulso interior de las ideas de Don Mateo: “seguimos andando calle Vallespín abajo... al salir de las murallas nos sorprendió el zumbido trepidante de la fabrica de harinas...”, no olvidemos que el paseo que los personajes hacen hacia el puente Adaja hoy sería imposible dado que, no hace mucho tiempo, la fabrica de harinas quedó destruida y de la que ya apenas tenemos noticia física.

“Pasamos el puente y ya en la carretera de Salamanca nos desviamos a la derecha. Teníamos Cuatro Postes al alcance de la mano. Ascendimos el promontorio y Don Mateo se sentó en el pedestal de la cruz. Nosotros lo hicimos a su alrededor...”, iniciándose en este momento la apreciación más importante que los adolescentes van a tener de Ávila, encaramados en el lugar más emblemático para contemplar toda la ciudad, atentos a las palabras que Don Mateo les va a dirigir a continuación: “mirad, nos dijo de repente señalando frente a él. La ciudad amurallada, quieta en aquella tarde de noviembre, ofrecía desde allí un aspecto sugestivo y misterioso.



Fotos de José Luis Díaz

Caía por sus extremos como si estuviese colocada a horcajadas de alguna gigantesca cabalgadura. La catedral y otros edificios altos se empinaban, destacando sobre las casas vecinas... en este punto alcanzaron a Santa Teresa cuando huía con su hermano a tierra de moros”, aferrándose la historia a la referencia teresiana de las propias palabras de la Santa que en su Vida nos narra de forma prodigiosa. “En este instante comencé a presentir que Ávila no era una ciudad como las demás. Tenía sus raíces clavadas en la Historia, a diferencia de otras. La Historia la vigorizaba en su secuela moderna, le proporcionaba su substancia vital, la coloreaba de un matiz especial, con la verde e impresionante pátina del tiempo”, este fragmento requiere un detenimiento particular. La contemplación de Ávila no es una simple observación, va mucho más allá del planteamiento puramente estético. La figura de Santa Teresa de Jesús adquiere también un significado especial. Y es en este momento cuando el maestro Don Mateo va a razonar su planteamiento vital, no lejano del mundo de la nada y la desnudez que los místicos también dicen, no lejos de la apreciación profunda del sentido del vivir, del tiempo, de la materia: “¿No te gusta Ávila?... No; no me gusta esta ciudad. Aquí sería lo mismo tener dinero que no tenerlo. No hay lugar para gastarlo. Y sin gastar dinero no se puede ser feliz...”, forma de ver la vida de Alfredo, enfrentada a la forma humilde, concentrada, singular del maestro.

El sentido vital de lo material, la dejadez de lo puramente externo confluyen en las palabras de respuesta que el maestro va, en este ambiente oscuro y cerrado que la ciudad le procura, a desarrollar desde su visión peculiar y personal de la vida: “Hacen falta años para percatarse de que no ser desgraciado es ya lograr bastante felicidad en este mundo. La ambición sin tasa hace a los hombres desdichados si no llegan a conseguir lo que desean. La suprema quietud con poco se alcanza, meramente con lo imprescindible...”, enunciándose en este momento la teoría del desasimiento que va a fortalecer la historia de la novela, a darla sentido, a crear un espacio espiritual autónomo donde una ciudad se sitúa como eje en un tiempo, ya lejano, pero que sensibiliza la conciencia individual de los personajes, dejando bien claro la postura existencial de don Mateo. Pedro aprenderá de este día cosas fundamentales. Alfredo no va a entender el punto de vista de su maestro.

“Tal vez el secreto-añadió don Mateo-esté en quedarse en poco: lograrlo todo no da la felicidad, porque al tener acompaña siempre el temor de perderlo, que le proporciona un desasosiego semejante al de no poseer nada...”, embaucando a los jóvenes a mirar la vida con ese secreto con el que él sabe vivir, con esa tintura oscura y gris (lo mismo que la ciudad de Ávila) con la que viste cada cosa que acontece.

Es importante, en este punto, iniciar una visión plástica de los elementos que constituyen la visión interior de los personajes: Don Mateo supone la aceptación y la renuncia hacia todo aquello que es inalcanzable. Se mezclan en él la razón espiritual y la razón vital, es decir, el sentimiento y la creencia, Dios y los hombres, la ciudad y los habitantes que allí viven.

En Pedro, joven aún inexperto, las palabras de don Mateo serán siempre recordadas como un horizonte que es preciso alcanzar, tal vez la razón por la que comprenderá mejor el continuo dolor que la vida le depara para un futuro próximo, para la pérdida de la amistad y para la lejanía del amor, dos sentimientos en los que se verá embarcado en su vivencia personal.

Alfredo pertenece a otra visión distinta de la vida: el riesgo, el atrevimiento, la búsqueda de lo imposible, desear lo inalcanzable, todo ello reforzado desde una postura personal, inconsecuente en muchas circunstancias, víctima del destino en su muerte prematura.

“Creo que, por primera vez, observé en un juicio humano la prodigiosa relación de causalidad, la lógica de un discurso razonado y fundado hasta la consecuencia extrema”, razonamiento que Pedro va a sentir en su comportamiento como un ejemplo a seguir, como una conducta loable, como un mensaje que reflexiona desde la dominación espiritual de sus expectativas. Don Mateo ha sido muy tajante, muy severo, muy acertado en sus juicios ante la ciudad: las piedras, las torres, el horizonte rojo de la tarde abulense van a ser los testigos de un ritual iniciático, y desde este momento los personajes van a estar marcados por ese destino consustancial a sus capacidades de comprensión del mundo, visión existencial de los mismos.

El incidente posterior que sucede tras estos pensamientos y reflexiones tuvo lugar a la vuelta a casa, cuando la perra Fany es atropellada por un carro y, en ese momento, el animal sufre un deterioro de su capacidad física, con la seguridad de que va a quedar coja. Este hecho aislado no tendría ningún sentido sino se concatena con lo que anteriormente ha sucedido: “Aquí tenéis la demostración de lo que antes os decía. (Aquilaté cuánto había cambiado el mundo en un minuto...) Si Fany hubiera nacido coja de dos patas hoy se sentiría feliz de poder disponer de tres. Pero Fany hace poco utilizaba sus cuatro patas...”, sirviendo este hecho como lección práctica de la teoría antes desarrollada, de la terrible lección que la vida enseña a veces a quienes se sienten atropellados por su devenir incontrolable.

La ciudad de Ávila será la protagonista de un suceso que va a incidir de forma directa sobre el futuro incierto de los jóvenes. Se realizan varios comentarios en torno a la historia de Ávila, de la misma manera que don Mateo intentó dar una pista a los adolescentes cuando se refirió a la huida, en los Cuatro Postes, de la Santa. Hay ya una premonición de que ese hecho y ese lugar van a tener una singular referencia en la historia de “La sombra del ciprés es alargada”, tanto la huida como el deseo de contemplación absoluta de la visión de Ávila desde ese lugar: “acto seguido don Felipe se puso a contar la maravillosa perspectiva de la villa oteada desde Cuatro Postes. Don Mateo le advirtió que cuando había que ver la ciudad desde ese lugar era en invierno, con nieve y luz de luna...”, efectuándose en este instante el elemento obsesivo que llevará a los jóvenes adolescentes a procurar, por todos los medios, conocer esa experiencia estética, mundo ilusorio que exige que el invierno sea nevado, que haya luz de luna llena y que en la noche les sea

posible salir hasta ese lugar misterioso para contemplar lo que, según los mayores, era un espectáculo único, una manera diferente de observar el color blanco de la nieve combinado con el color gris de la piedra, toda una experiencia que no podían dejar a un lado y que, el tiempo lo dirá, van a intentar hacer realidad cuando las circunstancias sean favorables, visitando ese lugar memorable para que el paisaje urbano de Ávila se convierta en casi una visión fantasmagórica, ensoñada, diferente y mágica en sus retinas adolescentes. La obsesión se va a ir asentando en la vivencia diaria de los adolescentes, y la ciudad no aparecerá de forma muy objetiva hasta que, otro lugar emblemático, el cementerio, sea también objeto de una excursión de don Mateo con Pedro y Alfredo. La visita al cementerio de Ávila, extramuros de la ciudad y desde donde se divisa también la redondez amurallada, supuso otro punto de contacto con la teoría de la muerte: "A partir de la excursión al cementerio no volví a disfrutar en casa de don Mateo de un minuto de tranquilidad. La idea de la muerte iba amoldándose a los límites, cada vez más amplios, de mi razón; iba adquiriendo consistencia y fuerza, invadiendo toda mi existencia psíquica, informándola en todas sus manifestaciones...", lección que va a soportar el destino que aguarda a Pedro, que va a informar todos los momentos de su vida, que va a atajar la resistencia de su espíritu.

El cementerio católico de Ávila, como cualquier lugar de estas características, está dominado por una mirada hacia la ciudad y otra hacia el interior del mismo, custodiado por multitud de cruces, por panteones regio, por lápidas de granito y orlado por cipreses altos y frondosos que enmarcan este lugar como un silencioso abismo de olvido. Esta contemplación va a significar para Pedro un punto amargo en lo que la vida marcaba en su psicología adolescente, una reflexión dura y temida de lo que puede aportar la vivencia cuando el tiempo, ese destructor amargo, deposita en los seres humanos.

La ciudad desaparece como objeto literario hasta que el verano no termina y, en un mundo muy absorbente, los estudios no dejen paso a otras preocupaciones más profundas. Sabemos que Alfredo sufre una enfermedad y que esa dolencia es un preámbulo para el desenlace de la historia. El lector lo intuye.

Ya en el invierno vuelve a reaparecer la obsesión de la huída a Cuatro Postes para contemplar la vista de Ávila: "Hay una luna redonda como un queso. ¿Quieres que vayamos a Cuatro Postes?". Es el momento y la decisión debe tomarse sin más obstáculos. La nieve, la luna llena, la noche cerrada del invierno abulense van a ser los ingredientes que van a conformar un paisaje, una ciudad nocturna que les llevará hasta su objetivo: "Cruzando la quebrada transversal que nacía a la derecha de Santo Domingo entramos en la calle de Magana. El mismo silencio había allí que en todas partes. El silencio confortable de un pueblo arropado en su sueño. Dejamos a la derecha la mole negra, aislada, de San Esteban y fuimos a parar al Arco de San Segundo, sobre el río".

Ávila se convierte en un escenario que simboliza las ansias de vuelo de sus personajes, el deseo de encontrar el motivo por el que la vivencia se convierta en

realidad, pasando de esta forma desde la observación a la interiorización. El paseo que los adolescentes van a realizar hasta llegar a la meta de sus ideales, la travesía por la noche, forma parte de un rito de conocimiento de la vida. “Vamos por el Puente Viejo; pasaremos más cerca de la fábrica...”, lugar hoy ya desaparecido, en la ribera del río, la fábrica de lana que ocupaba lo que hoy es un hueco que ya nadie podrá observar como manifestación de la vida laboral de la ciudad.

El río adquiere también una dimensión simbólica: “a la izquierda la fábrica penetraba en el río como una península sin vida... Las cosas dormían igual que los hombres... Los peces de la pecera, de soltarles ahora en el Adaja, seguramente cogerían un resfriado. Se habían hecho sibaritas en su misma cárcel...”, acercando a la reflexión del personaje la comparación permanente del paisaje intimista que todos los elementos de la contemplación le regalan para su posterior elaboración del pensamiento. Van camino de Cuatro Postes. El itinerario llega hasta la vera de la cruz rodeada de las columnas de piedra que se han convertido en un símbolo para la ciudad: “Poco más allá se dibujaba la silueta precaria de Cuatro Postes. Ascendimos al promontorio, embargado yo por una emoción casi religiosa”. El sentimiento espiritual acompaña al personaje, le dota de una gracia singular, le presiente casi fuera de la realidad porque “de súbito me vi agarrando la cruz de granito de Cuatro Postes”.

Se aproxima el momento culminante de este viaje por la noche abulense. Está cerca el momento de enfrentar su mirada al claro dominio de una ciudad envuelta en luna y nieve. El milagro ya va a ser realidad. Momento este que va a dividir en dos partes el aprendizaje que el personaje está teniendo de la vida, de las cosas, de la compenetración con el medio: “Apenas me atreví a darme la vuelta y tender la vista sobre la ciudad nevada. Cuando lo hice, un sentimiento amplio, inconcreto, me resbaló por la espalda”. La percepción física de lo que estaba sucediendo en el entorno de Pedro y Alfredo se hace presente en la respuesta que sus cuerpos van a tener con respecto a lo que están viendo frente a ellos: una ciudad tal y como la habían imaginado, casi soñado, envuelta en el misterio que la transformación de las imágenes había impuesto en su mirada.

En este momento la descripción de Ávila toma tintes poéticos: “La ciudad, ebria de luna, era un bello producto de contrastes. Brotaba de la tierra dibujada en claroscuros ofensivos. Era un espectáculo fosforescente y pálido, con algo de endeble, de exinanido y de nostálgico”. La grandeza de este espectáculo se hace pictórica, impresionista, mezclándose el interés que el momento de la contemplación revive en el alma de los adolescentes con esa visión casi absoluta de las cosas. Delibes dibuja con pincel minucioso y pleno de sensaciones. No es una simple descripción que sirve para enmarcar la acción de la novela; estamos ante una penetración en el alma de los personajes, en la dimensión profunda de sus sentimientos.

“La torre de la Catedral sobresalía al fondo como un capitán de un ejército de piedra. En su derredor las moles, en blanco y negro, de la torre de Velasco, del

torreón de los Guzmanes, del Mosén Rubí...”, captando en la amplitud de la mirada los elementos más verticales, más alzados entre la dimensión horizontal de la muralla, juego de espacios y de sensaciones, color y forma, historia y presente, todo ello en una minuciosa y secreta relación con el paisaje.

“Ávila emergía de la nieve mística y escandalosamente blanca, como una monja o una niña vestida de primera comunión...”, surgiendo así la presencia vital de la ciudad, emergiendo como dice el autor, subiendo desde las aguas oscuras de la noche, casi en un efecto cinematográfico.

“Tenía un sello antiguo, hermético, de maciza solidez patriarcal”, dotando a la descripción de una categoría de poder, de silencio, de secreto, de abismo en el abismo que a los personajes les va a servir también de atalaya desde la cual contemplarse a si mismos, mirarse hacia dentro.

“La villa, centrada en plena y opulenta civilización, era como una armadura detonando en una reunión de fraques”, arraigándose en su pasado medieval, en la fuerza que la historia condensa en su ayer, en el sentido pleno que tiene Ávila como escenario medieval, lejano, ausente, caballeresco. Y frente a él: “imaginé que no otra, en todo el mundo, podía ser la cuna de Santa Teresa. Porque su espíritu impregnaba, una por una, cada una de sus piedras y sus torres”, introduciendo en esta observación el elemento espiritual, cruz de la moneda en la que la cara es lo nobiliario, lo caballeresco, lo hidalgo. La historia de Ávila se conforma desde dos miradas que Miguel Delibes no ha querido dejar a un lado, ni olvidar en su descripción minuciosa de la noche de luna llena.

“Había en las nevadas almenas algo de una espectacular geometría ornada; algo diferente a todo, algo así como un alma alejada del pecado. Entonces pensé que la tierra es bella por sí, que sólo la manchan los hombres con sus protestas, sus carnalidades y sus pasiones”. De esta manera culmina la reflexión que Pedro ha hecho al llegar el momento de asumir la noche, la piedra, el misterio del silencio, la compenetración con un paisaje que es como su alma, que sufre con la misma grandeza, que padece con el mismo dolor. Él ha sentido que Ávila, vista desde donde él ahora la contempla, se convierte en un objetivo para sus sensaciones y sus sentimientos, que allí habita el misterio, lo místico, lo espiritual, y que lo carnal es sólo un deterioro que se produce por un mal uso del mundo interior, de la espiritualidad que alberga su alma. Los hombres, los otros, los que están ajenos a este pensamiento, son los culpables de ese deterioro interior.

La enfermedad que ese viaje iniciático supuso para Alfredo, el comienzo de un declive físico, la vuelta a casa “atravesamos la meseta entre los álamos. La fuentecilla estaba helada. Adheridas a las piedras había una porción de estalactitas...”, efectuándose un cambio radical en la realidad que rodea a los personajes y que la ciudad también asume como suya: “por las contraventanas abiertas penetraba el alba; un alba triste y espantosamente anodina; un amanecer bajo de color, desmejorado, gris...”, reflejo

de lo que está pasando en sus vidas, esperanzador en las palabras de don Mateo que dice: “el clima de Ávila, hijo, es milagroso para esta enfermedad”.

La esperanza de conseguir la cura de Alfredo se centra únicamente en el clima de Ávila. Pero la realidad es que el adolescente no mejora, produciéndose una atmósfera mortífera cuando se acercan ya los últimos momentos de vida del muchacho.

La unión muerte, noche, nieve, Ávila al fondo se va ahondando en la vida de Alfredo. El cementerio, ese lugar central en la manera de ver el mundo de Pedro, se va a transformar en el espacio más consagrado a la memoria del amigo. La experiencia de la muerte va a hundir sus yugos en la visión extrema de Pedro. Ávila no va a reaparecer en la vida del adolescente porque ya ha perdido el sentido de su existencia.

Ya llega la hora de abandonar Ávila. De ir por caminos distintos, de conocer nuevas experiencias: “al día siguiente abandoné Ávila. Cuando salí de casa con las maletas camino de la estación, crucé la plaza para despedirme de los muñecos de la hornacina ... la piedra perdura; la carne no, pensé, y le dije adiós con la mano”, iniciándose en ese instante su salida a la vida, alejándose de las murallas, no olvidando pero sí superando los momentos vividos. La ciudad se reflejaba en la muerte, en el descubrimiento del dolor, en la fatigosa sensación de vivir un mundo lento, pausado, como el agua y como la nostalgia.

La vida le va a golpear de nuevo pasados los años. La pérdida de Jane, su mujer, le va a conducir hasta Ávila, hasta el espacio en el que habita la muerte: “inopinadamente me vi frente a la verja cerrada del camposanto...”, el cementerio va a ser su único punto de conexión del pasado con el presente, donde como él mismo dice: “mi sitio está aquí; entre los vivos y mis muertos...”, lugar que va a asumir con absoluta tranquilidad, nunca desesperanzado del todo.

“Por delante se abría un día transparente, fúlgido, y la muralla de Ávila se recortaba, dentada y sobria, sobre el azul del firmamento...”, llegando el final de todo camino a la última reflexión que esa realidad le imprime en su alma: “me sonreía el contorno de Ávila allá, a lo lejos. Del otro lado de la muralla permanecían Martina, doña Gregoria y el señor Lesmes. Y por encima aún me quedaba Dios”, uniendo una vez más el paisaje cerrado y cósmico de Ávila con la grandeza, también cerrada y profunda de su alma.